



## HASTA EL CIELO

### I

No era el doctor Adolfo Márquez creyente, ni lo había sido nunca. Pensionado por el Gobierno de uno de los Estados de la frontera, vino á la capital de la República decidido á dedicarse con tesón al estudio, hasta obtener el título de médico, que desde su niñez había anhelado.

Era el joven estudiante de buen juicio, firme carácter y buenas costumbres; pero huérfano desde muy niño no había conocido á sus padres, y faltóle un regazo donde saborear el amor y la avasalladora influencia de una madre que le hablase del cielo. Más de una vez había escuchado las acaloradas disputas de sus discípulos acerca de cuestiones religiosas, y parecíale que unos y otros tenían en par-

te razón y en parte no la tenían; pero enemigo de tales discusiones nunca tomó parte en ellas.

Vivió y creció en la más completa indiferencia respecto de los futuros destinos del hombre. Era amigo de todos, y dotado de natural justicia, cuando se le estrechaba á resolver algo, procuraba amoldar su opinión á lo que creía verdadero.

La carrera del joven fué brillante y con el entusiasta aplauso de sus profesores y sinodales ganó el deseado título. Empezó á ejercer la medicina con muy buen éxito pecuniario y no menor para su reputación profesional.

No había hasta entonces conocido las emociones y dulce tiranía del amor; pero éste le acechaba traidoramente, y cuando él menos lo pensaba, sintióse mortalmente herido sin darse exacta cuenta de cómo y por qué nació aquel cariño, tan grande como puro, que podía marchitar de un solo soplo el vergel de su porvenir. Pero ¿qué le importaba á él todo el afán de una vida pasada en el estudio, ante el hondo afecto que por primera vez envolvía á su alma en una red de flores de exquisita fragancia?

Amar y ser amado: he aquí ahora la única ilusión del joven médico.

Seguíale á todas partes la apacible mi-

rada de unos ojos garzos, henchidos de luz, y el óvalo de una faz de azucena y rosa donde constantemente sonreía una boca diminuta por cuyos labios entreabiertos salía en acariciadoras ráfagas, el hábito juvenil.

Una mañana salía de visitar á un enfermo de gravedad, cuando divisó por la misma acera por donde él iba, á aquella joven, que le pareció bella como ninguna y fascinóle con extraña fascinación. Acompañábala un hombre de edad madura, luenga barba semicana, elegantemente vestido de negro, de mesurado andar y grave continente. ¡Qué contraste, pensó el doctor; la inefable dulzura de la una y la imponente majestad del otro! Y no obstante, en aquellas fisonomías había rasgos tan semejantes, que revelaban el estrecho parentesco entre el caballero y la doncella.

Desde aquel encuentro la imagen de la joven quedó grabada en la fantasía del médico, y el que no había conocido á su madre concentró su ternura toda en aquella mujer, como si reclamase el ser amado con la fuerza de todos los amores.

## II

Pasaban días y más días y la celestial visión no volvía á aparecer ante los ojos del enamorado galán. ¿Quién era aquella beldad? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde vivía? ¿Podría esperar ser correspondido? Y Adolfo se desesperaba hundido en un mar de conjeturas.

Un domingo fué el día que la vió por vez primera, y ocurriósele volver otro domingo al mismo lugar donde la había visto. Allí, enfrascado en sus pensamientos, iba y venía por la misma calle, cerca de Chapultepec.

Asomó en Oriente la alegría de la aurora purpurando el cielo, gorjeaban en el bosque los pajarillos rebosantes de dicha, y en la populosa ciudad empezaba el matinal movimiento, cuando á Adolfo ocurriósele entrar al templo más próximo. Allí permaneció mucho tiempo, como curioso y no como creyente. Tenía el presentimiento de que su amada iría á ese templo, y en efecto, pensaba en ella embelesado, cuando la divina aparición presentóse ante él por segunda vez. La pareja dirigióse, en devota actitud, hasta cerca del presbiterio y oyó con recogimiento la misa que en ese momento empezaba.

Adolfo pensó en Dios, en los ángeles, en el cielo, y sintió en el alma no haber dedicado algunos instantes cotidianamente á estos asuntos que entonces parecieronle trascendentales. Juzgó imposible que la muerte extinguiera el cariño que él sentía pujante en su corazón, y dedujo que forzosamente debía haber otra vida de amor inacabable. Sentía en su alma algo extraño, pero de suavidad exquisita, y la necesidad de creer, pero de creer con fe inquebrantable.

Al momento que creyó oportuno, abandonó el templo y situóse en un lugar, algo retirado de aquél, ávido de mirar lo que era ya su constante pensamiento.

Allá vienen: ella sonriente y con la mirada fija en Adolfo, él con la misma gravedad y circunspección.

La pareja pasó junto al joven, aun sintió el roce del traje y aspiró el perfume de aquella exuberante y blonda cabellera. Cuando había pasado, ella volvió el rostro sin dejar de sonreír, miró al joven médico, y al encontrarse las miradas de ambos en embriagadora delicia, el carmín de las mejillas y el latido de los corazones, revelaban el canto primero de un poema que sólo escucha el alma. Era indudable; aquellos jóvenes se amaban.

Adolfo siguió tras la pareja. La joven,

de vez en cuando volvía el sonriente rostro hacia el galán que la seguía. Este fijóse bien en la casa donde entraba su amada: era la número 77. Todavía la angelical rubia antes de entrar, miró, con hondísimo mirar, al joven galeno que sintióse desfallecido de placer.

Cuán otro del que había salido volvió Adolfo á su casa. Parecíale haber gustado manjar de dioses. Sentía vigor en el cuerpo y luz en el alma. La naturaleza presentábase á sus ojos con extraños encantos. ¿Qué murmura el bosque, qué dicen las fuentes, de qué me habla el cielo? se decía, y el jugo del corazón en cristalinas gotas temblaba en los párpados del enamorado.

De allí en adelante, todas las tardes pasaba frente á la casa de la niña de áureos cabellos, el coche del doctor Márquez. Los jóvenes no se habían dicho ni una palabra, pero el poema del amor seguía vibrando en los corazones de ambos y se desbordaba por los ojos en rayos de luz.

### III

Adolfo está triste, muy triste; hace hoy siete días que no ve á su amada, y está resuelto á presentarse en su casa y pedir-

la por esposa á aquel caballero, que sin duda alguna es su padre.

Estaba el joven médico meditando el más oportuno medio de realizar su proyecto, cuando su criado, un muchacho listo y despabilado, subió á saltos la escalera y dijo á su amo:

—Señor, llaman á usted para un enfermo de gravedad.

—Engancha en seguida el coche, repuso el médico, y pregunta la calle y el número de la casa.

Subió Adolfo al coche y dejöse guiar por el cochero, sin ver á nadie, sin fijarse en nada, saboreando con deleitable fruición los pensamientos de amor que volaban en su fantasía.

De improviso el coche se detiene.

—Hemos Megado, señor, dijo el cochero.

Adolfo miró la calle y la casa, quedöse boquiabierto, el aliento contenido y los ojos abiertos cuanto abrirlos podía; asido de la portezuela, el pie en el estribo, y sin subir ni bajar, parecía petrificado. Repúsese al fin y clamó con tristísimo acento.

—¡Dios mío, si será ella!

Bajöse trémulo y entró por la puerta que acababa de ser abierta.

El zaguán estaba desierto, lo mismo

que el patio, y allá, en una alcoba, distinguíase el ténue esplendor de una luz, que por el azul velador que la cubría, derramaba en torno celeste claridad.

A la puerta de la alcoba hallábase el caballero de grave continente, con intensa expresión de dolor en el semblante.

—Pase usted, señor doctor, dijo á Adolfo; temo que sea demasiado tarde.

El joven médico entró á la alcoba apresuradamente, fijöse en el lecho de la moribunda, y el dardo del dolor hirióle con hondísima herida. Era ella, la adorada de su corazón, y estaba ya en agonía.

Acercöse sollozando al lecho; la enferma abrió los ojos y de ellos brotó la misma profunda mirada. Mientras la moribunda sonreía, la muerte pareció alejarse, pero volvió luego para dar el último certero golpe. Mas antes de expirar volvió á mirar á Adolfo, y levantando el brazo, le señaló el cielo con el índice de la diestra mano. Un momento después, sólo había un cadáver caliente aún, en el mortuario lecho; el padre que todo lo había comprendido, y el joven médico, sollozando ambos dolorosamente.

Cuando Adolfo logró dominar un poco su emoción, dijo al padre de la muerta:

—Siempre fuí desgraciado en la espantosa soledad de mi alma; sin amigos, sin

padres, sin Dios, y cuando encuentro a ella, que era todo para mí, la pierdo para siempre.

—Tengo el corazón hecho pedazos, pero me inclino ante la divina voluntad, contestó el padre de la muerta. Ella espera a usted en el cielo.

Adolfo se quedó mirándole. Un tropel de ideas acudían a la mente del joven; pudo al fin llorar y con el llanto vinole repentina reacción y dijo con voz firme:

—El más tremendo infortunio me enseña en un momento lo que mis padres me hubieran enseñado en toda su vida. En él me devuelve Dios todo lo que me había quitado. Creo en Él; que ella me espere en el cielo.



## LA PRIMERA QUE GANO

### I

En Nochistlán, cabecera del Partido del mismo nombre, en el Estado de Zacatecas, fué conocido de todos los vecinos y en los pueblos y ranchos del contorno, Anastasio Margaruz, ó Tacho, como le llamaban siempre. Era un plebeyo, cuya natural fealdad aumentaba las incontables cicatrices que tenía en la frente, mejillas, boca y nariz; en suma, en todo el rostro. Solían decir que no había cuchillo en Nochistlán que no hubiese tocado la faz de Tacho Margaruz.

Pendenciero desde niño, y siempre con adversa fortuna, habíale herido los cuchillos de todos sin que el suyo derramara jamás una gota de sangre; pero no estaba descontento con su desfigurada faz.